

TÉSSERAS ROMANAS

SUS CLASES Y USOS

(Continuación.)

gún observa el célebre Spanheim, Tiberio hubiera preferido más bien ocultar al mundo los excesos á que se dedicaba que entregarlos á la posteridad. Sin embargo, hay una en que se cree ver á Tiberio representado en un hombre desnudo semirecostado en un lecho junto á una mujer sentada en un taburete.

Respecto al uso que se hizo de estas Tésseras, se opina que fueron empleadas para entrar en los juegos florales de la antigua Roma y en ciertos espectáculos clandestinos. Los que deseen más noticias acerca de ellas pueden ver la obra publicada por Mr. Saint-Aubin en su descripción de las piedras grabadas que pertenecieron al duque de Orleans, en la que dió á conocer y grabó varias spintrianas. Para terminar con ellas recordaré las célebres frases del insigne numismático francés Barthelemy, que decía que debían considerarse como las láminas ó ilustraciones del *Satyricon* de Petronio y del *Ars amandi* de Ovidio.

3.º *Tésseras lusorias*. Todos recordais la inmensa importancia y el gran papel que en la antigüedad tuvieron los juegos, que llegaron á considerarse como un acontecimiento religioso y político, que ejerció suma influencia en la marcha social de sus pueblos. Revestidos de un carácter eminentemente poético en Grecia, donde se acuñaron monedas destinadas especialmente á servir de premio á los vencedores, á quienes también se daban coronas de oro y de laurel y vasos de bronce y de cerámica y cuyas hazañas eran cantadas por poetas tan eminentes como Simónides de Ceos y Píndaro, preséntanse en Roma con un aspecto menos civilizador y más sangriento.

Muchas son las monedas griegas en que se recuerda no solo los juegos primitivos, olímpicos, píticos, ístmicos y nemeos, sino los más modernos instituidos ya en honor de las divinidades, ya en honor de los emperadores. Bastantes nos quedan acuñadas por éstos en que se recuerda el Anfiteatro, como en unas de Trajano, el Circo máximo en otras de Septimio Severo y su hijo Caracalla, indicándose en algunas hasta la época de la fundación de los juegos circenses, según se ve en dos rarísimas de Hadriano. Poco debe extrañarnos esto en un pueblo á quien, como dice uno de sus grandes oradores, bastaba con darle *panem et circenses*, frase gráficamente traducida y aplicada por desgracia á nuestra patria por el eminente D. Gaspar Melchor de Jovellanos en la no menos célebre de *pan y toros*. Dispensadme esta digresión y volvamos á las Tésseras lusorias. Eran éstas de dos clases: unas que servían para jugar y que recibían los nombres de *Talli* y *Téssera*, y otras que se empleaban como tantos ó fichas, según luego se ha hecho con los getones en los siglos XVI y XVII, ó con ciertas medallas conmemorativas en el XIX, destinadas para el Whist ó el Boston.

Eran los Talli unos huesecillos que se usaban en un juego de azar, en número de cuatro, ya naturales, ya de marfil ó de bronce.

No llevaban ninguna marca, teniendo, sin embargo, cada uno de los cuatro lados que los formaban un valor convencional. Así el lado plano valía 1, el cóncavo que le corresponde 3, el convexo, ó sea el opuesto, 4, y el sinuoso que afectaba la forma de la letra S, 6. Los lances á que daban lugar se designaban no por el valor numérico sino con nombres especiales, como el golpe de Venus cuando los cuatro Tali presentaban cuatro lados diferentes, es decir, el de 1, 3, 4 y 6, el golpe Real ó de Hércules, el de los Buitres y por último el de los perros cuando se sacaban los cuatro lados correspondientes al as ó uno. Se procedía de dos maneras en este juego: ó se colocaban los Talli dentro de un cubilete (*fritillus*) echándolos encima de una mesa, ó bien el jugador tomaba cinco, los lanzaba al aire ó trataba de recibirlos sobre la mano. Casi siempre caen varios al lado y entonces tiraba á lo alto los recogidos en la mano, reuniendo apresuradamente los otros y tendiendo con no menos celeridad la misma

mano á los que habían de caer. La destreza consistía en que ninguno se escapara. En este segundo caso recibían los jugadores el nombre de *Astragalizontes*.

Las Tésseras equivalían á nuestros dados y eran unos pequeños cubos de marfil, madera, hueso ó ambar, en cada uno de cuyos seis frentes iba marcada una serie de puntos que comenzaba en el 1 y aumentaba sucesivamente en cada frente por unidad hasta el 6, de manera que dos lados opuestos compusieran siempre el número 7. Se jugaba con tres que se colocaban en un cubilete que se movía, y se echaban sobre una mesa hueca, y á veces sobre una torrecilla puesta encima de aquélla y revestida de espirales ó círculos, en que rebotaban las Tésseras al caer. Se las descubría y el mayor número de puntos ganaba. El triple 6 se denominaba golpe de Venus, el triple as ó 1 los perros, canes.

En la 2.^a clase de Tésseras lusorias comprendemos aquellas que en su reverso representan escenas de la vida privada, que se refieren á juegos particulares, baños, carreras del circo, etc. Son de bronce, creyéndose por su buen arte que fueron acuñadas desde la época de Augusto á la de Claudio. Cohen describe muchas, pero para no molestaros demasiado me limitaré á dar á conocer dos sumamente curiosas, por recordarnos dos juegos conocidos desde la más remota antigüedad, llegados ambos á nuestros días, y usados el uno en España y el otro en Italia, aunque no por la sociedad más escogida.

La primera tiene en su anverso un busto de mujer dentro de una gráfila y entre las letras *G. S.*, cuyo significado se ignora. En el reverso hay figurados cuatro Talli ó huesecillos y en cuatro líneas la leyenda *qui ludit arram det quod satis sit*. Como vemos, en esta Tessera se hace referencia al juego de que antes hemos hablado y que he dicho se llamaba Talli. Aun hoy se juega por las niñas en el Norte de España, y aun creo que en Valencia también se conoce, aunque para él emplean bolitas de cristal, denominándolas *sinquetes*.

La otra lleva la palabra *mora* en lo alto del campo del anverso, que representa dos jugadores sentados uno enfrente de otro; entre ellos y sobre sus rodillas hay una especie de tablero de damas, uno toca al tablero y otro levanta la mano, como

dando á adivinar un número: la izquierda, en el segundo plano, se ve un mueble antiguo y sobre él un animal. El reverso ofrece solo el número 13 en cifras romanas rodeadas de una corona de laurel.

Recuerda esta Téssera, según su leyenda, el juego denominado por los antiguos *mica* y que los modernos italianos llaman *morra*, equivalente á nuestros *pares y nones*. Consiste en adivinar los dedos que uno levanta por detrás de su espalda. Para jugarlo no usaban de mesas, utensilios ni aparatos de ningún género. Dos personas se colocaban de pie una delante de otra, oculto el brazo derecho hacia la espalda. Lo bajaban simultáneamente extendiendo uno ó varios dedos de la mano, y diciendo un número que no pase de diez. Cuando se acierta el verdadero número de dedos abiertos se gana. La casualidad es la que decide, supuesto que por ambas partes la palabra es tan pronta como el gesto y adelanta á la mirada.

He dicho antes que este juego es antiquísimo y, en efecto, á más de algunos textos de Varrón conservados por Nonio Marcelo en que se menciona y de inscripciones citadas por Gruter, Orelli en que se recuerda, se conserva en el Museo de Nápoles un vaso italo-griego, en que se ve á Aquiles y Patroclo jugando á la morra. Rich cita una pintura funeraria egipcia en que se ve á dos hombres sentados jugando á ella.

Es de creer que estas Tésseras, sirvieron ó de contraseñas para entrar en los baños y en algunos espectáculos, ó como fichas para el tanteo de juegos, tales como los duodecimscripta, los latrúncula, la mica, etc., á que tan aficionados eran los romanos, equivaliendo á los getones y á los spiel-marke de los alemanes.

Algunos autores cuentan entre esta clase de Tésseras luserias unas medallas de pequeño bronce de muy buen arte y en cuyos reversos suele verse algunas veces el *Senatus-consulto*, creyéndoselas acuñadas desde Domiciano hasta Antonino Pío.

Cohen describe una porción de variedades y entre ellas una muy curiosa, en cuyo reverso se lee la exclamación de los sacerdotes arvaes y salios, *io io triumpe*.

4.º *Téssera hospitalis*. Una de las costumbres que más arraigo adquirieron entre los pueblos de la antigüedad y en los

modernos orientales y á que más importancia se dió en ellos es la hospitalidad, que llegó á adquirir un lugar en el derecho escrito y á establecerlos entre los que con ella se ligaban.

Basta recorrer ligeramente la historia desde la antigüedad más remota y veremos como se ejerció ya por Melchisedech con Abraham ofreciéndole el pan y el vino, ya por este último y su sobrino Loth con los ángeles enviados por Dios para anunciarle la destrucción de Sodoma y demás ciudades de la Pentápolis y librarle de ella. Si acudimos al nuevo Testamento, en él se ve cómo Jesucristo paga la que recibió en las bodas de Canaán con un milagro, convirtiendo el agua en vino, la de Jairo resucitándole á su hija, la de Zaqueo perdonándole sus pecados y, por último, la de su amigo querido Lázaro, trayéndole de nuevo á la vida.

Los romanos, que adoptaron muchas de las costumbres que vieron en otros pueblos y que les parecieron dignas de su grandeza, no menospreciaron ésta, ejerciendo la hospitalidad no sólo con sus conciudadanos, sino también con los de otras naciones. Y no se redujeron los lazos de la hospitalidad á las personas, sino que también se hicieron extensivos á las ciudades, y éstas contraían entre sí además de las *Omonoías* ó alianzas políticas, de las cuales son buen testimonio innumerables monedas griegas y algunas coloniales españolas de Itálica y Bilbilis, la gémina de Ampurias y Sagunto, de Ilipa-Magna y Searo y otras que pudiéramos citar, relaciones de hospitalidad que recordaban en láminas de bronce, cimentándolas con espectáculos teatrales, convites, etc., según se ve en las tablas Ursanenses, en que se establecen los sitios que en su teatro debían ocupar los *hospites* y *adventores* y los *convivia* que habían de dárselos.

La hospitalidad se ejercía en Roma con gran esplendidez y era puesta bajo la protección de los dioses, especialmente del mayor de ellos, de Júpiter, rey del cielo. Un huésped era para ellos una persona sagrada, y según su edad le miraban como su padre ó hijo, el miembro más querido de la familia, cuidándole con todo esmero si caía enfermo. El lazo de hospitalidad establecía entre ellos una especie de parentesco, se transmitía de generación en generación, resistía á los mayores odios y sólo se

rompía en casos gravísimos. Algunos ejemplos que sus historiadores nos refieren confirman la veracidad de mis asertos.

Matar á su huésped se consideraba como un parricidio. En los primeros días de la república romana, nos dice Tito Livio, un ciudadano de Roma, llamado Tito Quincio Crispino, tenía por huésped y amigo á un campaniense denominado Badio. Capua se había levantado contra Roma y los campanienses la sitiaban. Badio aparece en las primeras filas, hace llamar á Crispino y le desafía. Este responde que tiene bastantes enemigos contra quienes ejercitar su valor; que en cuanto á Badio, aunque le encontrara en la pelea se retiraría á fin de no mojar sus manos con la sangre de un huésped y un amigo. El campaniense aumenta sus provocaciones y contesta que si la ruptura de los tratados entre las dos ciudades no le parece suficiente para destruir las relaciones particulares, Badio de Capua significa á Tito Quincio Crispino de Roma que renuncia á toda relación de hospitalidad. Fué necesaria una declaración de esta especie para determinar á Crispino á aceptar el combate. Pero el cielo fué justo y el violador del santo nudo hospitalario cayó á los golpes de aquel á quien había obligado á ser su enemigo.

Sila, al proscribir en masa á todos los habitantes de Preneeste por haber socorrido á Mario, perdonó á uno solo, á causa de hallarse ligado con él por los vínculos de hospitalidad. En una de las guerras de los romanos contra los españoles, y cuando más feroces se entregaban al saqueo de una de nuestras ciudades, detiéndense al oír decir á uno de sus jefes que los habitantes de aquella población, á quienes degollaban, eran huéspedes del pueblo romano.

Era tan fuerte el lazo de hospitalidad, que un romano no esperaba nunca que el huésped reclamase sus servicios, sino que se los ofrecía por adelantado; sus enemigos eran los suyos y en caso de hallarse sometido aquél al juicio de los tribunales se convertía espontáneamente en su defensor.

Como he dicho antes, la hospitalidad se extendía á las naciones, y así el magistrado que la recibía de una ciudad ó de un país se hacía para ellos su defensor cerca de sus conciudadanos y se encargaba de cuantos negocios tuvieran en Roma. Por último, las naciones establecían entre sí lazos hospitalarios como

sucedía por ejemplo entre los romanos y los Eduos pueblos de la Galia.

Los embajadores recibían también una gran hospitalidad en Roma, hospedándoseles públicamente y á costa del Erario: los de los pueblos enemigos fuera de Roma, los de los aliados en la misma ciudad, haciéndoseles magníficos presentes y respetándoseles, aun cuando se mezclaran en los asuntos políticos. Así lo hizo Cicerón con los enviados de los Alóbroges, quienes, aunque se cree que tomaron parte en la conjuración de Catilina, fueron perdonados por aquel cónsul, que no respetó cabezas tan ilustres como las de los patricios Léntulo, Cethego y Tuberón.

Para recordar la hospitalidad entre los particulares se inventaron unas tablillas de madera, hueso ó marfil, denominadas *téssera hospitalis*, habiendo también algunas de bronce, como las encontradas en España.

Tenían, por regla general, la forma de un cilindro. Todo romano que daba ó recibía hospitalidad partía la téssera con su huésped, quedándose con la otra mitad, á fin de que sirviera para reconocerse mutuamente ellos ó sus descendientes. Si dos huéspedes que sólo se habían visto una ó pocas veces se encontraban sin conocerse, el que venía á reclamar la hospitalidad presentaba el trozo de téssera, que acreditaba su cualidad y que, unido al que conservaba el huésped, identificaba al reclamante. Eran tanto más fáciles de reconocer los dos pedazos, como que sobre la téssera se grababan los nombres de los que establecieron la hospitalidad para ellos y sus familias. Plauto llama á esto en el *Poenulus*, *tesseram conferre hospitem*, y el mismo poeta exclama por boca de uno de sus personajes en la *Cistellaria*, al indicar que ninguno debía sustraerse á estos deberes: *id á buscar alguno que tenga más fe en nuestros juramentos, habéis roto la téssera hospitalaria*.

Estas tésseras se conservaban en el *Tablinum*, lugar de la casa equivalente á nuestros archivos, y en el que se custodiaban los papeles familiares, los tratados de hospitalidad con las ciudades y naciones extranjeras, las tésseras hospitalarias y las cartas de amigos y parientes.

El año 1867 tuvo el señor D. Manuel Urzaiz la fortuna de

encontrar en su magnífica posesión de «La Luz,» situada entre Niebla y Moguer, provincia de Huelva, una tablita de bronce, que es una téssera hospitalaria dada por Céler Limicus, hijo de Erbucio, á Bórea Cantibedoniense en el año del consulado de Marco Licinio. Esta téssera fué publicada y descrita en el año 1867 en Berlín por Mauritz Haupt, á quien mandó un calco el sabio anticuario D. Aureliano Fernández Guerra. Cree aquel insigne alemán que el Bórea Cantibedoniense era un gladiador galo ó del Norte de España, ignorándose la situación de Cantibedonia, y que la téssera fué hecha en el consulado de Licinio Craso, que fué cónsul con Lucio Calpurnio Pisón el año 27 después de Jesucristo. Es digno de notarse que las letras están hechas al *pointillé*, como dicen los franceses, ó sea de puntitos.

He dicho antes que las relaciones de hospitalidad que se establecían entre las ciudades se grababan en tablas de bronce, de las que se conservaba un ejemplar en cada una de las poblaciones que las estipulaban. En España se han encontrado diez notabilísimas, de cuatro de las cuales me ocuparé, por no molestar demasiado vuestra atención: una en Astorga, cuya tabla después de pertenecer al Cardenal de Maximis, Patriarca de Jerusalén, quien la adquirió en Madrid de la Biblioteca de D. Lorenzo Ramírez de Prado, forma hoy uno de los mejores adornos del Museo de Berlín, que se enorgullece con esta joya. En ella se renueva en el consulado de Glabrión y Homullo, año 152 de J. C., la hospitalidad establecida en 27 de J. C. entre las gentilidades de los Desoncios y Tridiavos de Zoela, población cercana á Conimbriga, según se cree, para sí, sus hijos y descendientes, interviniendo en este acto los ciudadanos que se citan en la tabla y cuyos nombres nos ofrecen un curioso specimen de los usados por los habitantes de una ciudad de la Lusitania.

Otras dos tablas fueron encontradas en 1614 en Arree, lugar distante una legua de Pamplona, en una cañada ó valle.

(Concluirá.)
